

un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, tenéis razon; y por eso mismo sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabeis, á mi triste ejercicio, á rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas: si por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por san Patricio (29) que sí la hay, y muy grande, Horacio..... En cuanto á la aparicion... es un difunto venerable..... sí, yo os lo aseguro..... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor: decid cual sea.

HAMLET.

Que nunca revelaréis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

A nadie lo diremos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada (30).

LA SOMBRA.

Juradlo.

*(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demas, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.)*

HAMLET.

Ah! ¿eso (31) dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le ois hablar en lo profundo. ¿Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca diréis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

*¿Hic et ubique?* Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca diréis nada de esto que habeis oído y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿como puedes talar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡que extraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) extraño de

beis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofia. Pero venid acá, y como antes dije, prometedme (así el Cielo os haga felices) que por mas (33) singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así daréis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que.... ó en fin, cualquiera otra espresion ambigua, semejante á estas, por don-

de se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡Iniquidad execrable! Oh! nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I (1).

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REINALDO.

POLONIO.

Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

*(Le da un bolsillo y unas cartas.)*

REINALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Seria un admirable golpe (2) de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REINALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en que términos, con quien, y en donde están, á quien tratan, que gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces vé en derecho á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿Lo has entendido?

REINALDO.

Sí señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que es bien calavera; inclinado á tal ó tal vicio.... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REINALDO.

Como el jugar, eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jugar, disputar, mocear.... Hasta esto bien puedes alargarte.

REINALDO.

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto; además, que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un jóven abandonado enteramente á la disolucion: no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa, extravíos de una imaginacion ardiente, impetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REINALDO.

Pero señor...

POLONIO.

Ah! tú querrás saber con que fin debes hacer esto, eh?

REINALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura.

Cargando estas pequeñas faltas sobre mi lijo (como ligeras manchas de una obra preciosa), ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ó amigo, ó caballero.... en fin, segun el título ó dictado de la persona ó del pais...

REINALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entonces él dice.... (3) dice.... ¿Qué iba yo á decir ahora?... Algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REINALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

POLONIO.

Sí, concluirá diciendo... es verdad... así te dirá precisamente. Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le ví, ó cualquier otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sugeto; y allí, como habeis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota, y.... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad; que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REINALDO.

Sí señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues á Dios, buen viaje.

REINALDO.

Señor...

POLONIO.

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REINALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REINALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

A Dios.

## ESCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con que motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet; la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caidas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó

fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacerse en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo; quiero ver al Rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su esceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No señor: solo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temi que era solo un artificio suyo para perderte.... ¡Sospecha indigna! Eh! tan (5) propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el dis-

gusto que recibirá al saberlo. Vamos.

**ESCENA III.**

*Salon de palacio.*

CLAUDIO , GERTRUDIS , RICARDO GUILLERMO , ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido (6), Guillermo; y tú también, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la trasformacion de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar qué otra cosa haya podido privarle así de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengais á bien deteneros en mi Corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cual sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.

Vuestras Majestades tienen sobera-

na autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies, con el mas puro afecto, el zelo de serviros que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortes Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el Cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.

Si. Amen.

**ESCENA IV.**

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya, en extremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

Oh! si, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi Rey; y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro ofatato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Principe.

CLAUDIO.

Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRUDIS.

Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

**ESCENA V.**

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el Rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegámos mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbras, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tio, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra

V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano Rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. A este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de reciproca seguridad, espresadas aquí.

(*Saca unos papeles y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche seréis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

**ESCENA VI.**

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano (8), y vos, señora: esplicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porqué el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo, seria gastar inútilmente el dia, la noche y el tiempo. Así pues, como (9) quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perifrasis.... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porqué, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

POLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antitesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mia: que en prueba de su respeto y sumision... notad lo que os digo.... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. *Al idolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia...* Esta es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oid lo demas. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

GERTRUDIS.

¿Y esta carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

*Duda que son de fuego las estrellas,  
Duda si al sol el movimiento falta,  
Duda lo cierto, admite lo dudoso;  
Pero no dudes de mi amor las ansias.*

*Estos versos aumentan mi dolor,  
querida Ofelia; ni sé tampoco expresar  
mis penas con arte: pero cree que  
te amo en extremo, con el mayor es-  
tremo posible. A Dios. Tuyo siempre,  
mi adorada niña, mientras esta má-  
quina exista. — HAMLET.*

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del

Príncipe segun ha ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

¿Y ella como ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En que opinion me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veraz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido.... ¿qué hubiera pensado de mi vuestra Majestad y la Reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? si haciéndome violencia á mí propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubierais pensado de mí? No señor, yo he ido en derecha al asunto, y la dije á la niña ni mas ni menos: Hija, el Sr. Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y despues de la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el Príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolias, despues inapetencia, despues vigiliias, despues debilidad, despues aturdimiento, y despues (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Creeis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRUDIS.

Me parece bastante probable.

## ESCENA VII.

POLONIO, HAMLET.

POLONIO. *al salir Hamlet leyendo en un libro.*

¿Como os va, mi buen señor?

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conoceis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.

Yo? No señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

¿Honrado decís?

HAMLET.

Sí señor que lo digo. El ser honrado, segun va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

POLONIO.

Sí señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del Cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

Pero ¿qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡Es-

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez... (tendria gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues separadme esta de este (*Señalando la cabeza y el cuello.*) si otra cosa hubiere en el asunto... Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO.

¿Y como te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabeis que el Príncipe suele pasearse algunas veces por esa galeria cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.

Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra Corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.

Pero, veis? (10) ¡Que lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico: retiradnos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

tá rematado, rematado!... Y en verdad que yo también, siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor... cuasi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.

¿Y de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quien?

POLONIO.

Digo que de qué trata el libro que leéis.

HAMLET.

De calumnias. Aquí dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seriais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar hácia atrás como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.

Adonde? ¿A la sepultura?

POLONIO.

Cierto, que allí no da el aire. ¡Con que agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voyle á dejar, y disponer al instante el caireo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET.  
No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda, esceptuando la vida, eso sí, esceptuando la vida.

POLONIO.

A Dios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y estravagantes viejos!

POLONIO, á Guillermo y Ricardo que salen por donde él se va.

Si buskais al Príncipe, vedle ahí.

### ESCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos dias, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á vuestra Alteza.

RICARDO.

Mi venerado Príncipe.

HAMLET.

¡Oh buenos amigos! ¿Como va?  
¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos!  
¿Como va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el día del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no

son ciertas... Permitid que os pregunte mas particularmente. ¿Por que delitos os ha traído aquí vuestra mala suerte á vivir en prision?

GUILLERMO.

¿En prision decís?

HAMLET.

Sí, Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.

Tambien el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasia. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh Dios mio! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso..... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente, y yo considero la ambicion por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta que los mendigos

son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos.... Irémos un rato á la Corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os irémos sirviendo.

HAMLET.

Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que á fe de hombre de bien me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua: ¿qué haceis en Elsingór?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quien os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decidmelo.

GUILLERMO.

¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envian sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del Rey y tambien la Reina os han mandado que vengais.

RICARDO.

Pero ¿á que fin?

HAMLET.

Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afe-

to, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO, mirando á Guillermo.

¿Qué dices tú?

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.

Pues señor, es cierto; nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo: así me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debeis al Rey y á la Reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril: ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestifera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble su razon! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué espresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! ¡Y en su espíritu qué semejante á Dios! Él es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la muger... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

¿Pues porque te reias cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO.

Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma daréis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de rey sea muy bien venido, su majestad recibirá mis obsequios como es de razon, el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patan dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama espresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y que cómicos son?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y porque andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.

Creo que los (13) últimos reglamentos se lo prohíben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.

No señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en qué consiste? ¿Se han echado á perder?

RICARDO.

No señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cria de (14) chiquillos, vancejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoreados hasta el esceso. Esta es la diversion del dia; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

HAMLET.

Oiga! ¿Con que son muchachos? ¿Y quien los sostiene? ¿Que sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar después?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la Nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba, hasta que el poeta y el cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh si lo es! Como que há habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

¿Y que, los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que si, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.

No es extraño. Ya veis mi tío Rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofia pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues caballeros, muy bien venidos á Elsingór: acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tío padre, y mi madre tia, á fe á fe que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

#### ESCENA IX.

POLONIO Y DICHOS.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.